





LA HEREDAD DEL SEÑOR
MEMORIAL DE FORASTEROS



Pablo López Romano

LA HEREDAD DEL SEÑOR
MEMORIAL DE FORASTEROS



Primera edición: diciembre de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Pablo López Romano

ISBN: 978-84-18544-74-3

ISBN digital: 978-84-28544-75-0

Depósito legal: M-30229-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para que no me olvidéis:
unos porque no queráis olvidarme,
otros porque, aunque queráis, no podáis hacerlo.*



Dichoso el pueblo que el Señor
escogió por su heredad.
Salmo 33, 12

No tomes muy en serio
lo que te dice la memoria.

A lo mejor no hubo esa tarde.
Quizá todo fue autoengaño.
La gran pasión
solo existió en tu deseo.

Quién te dice que no te está contando ficciones
para alargar la prórroga del fin
y sugerir que todo esto
tuvo al menos algún sentido.
JOSÉ EMILIO PACHECO
Memoria



ÍNDICE

EL INVENTOR DE ECUACIONES (La Heredad, 1902-1903).....	13
EL COLOR DE LAS ENCINAS (La Heredad, 1914).....	71
LOS SUICIDAS DE LA VIÑA DEL BÚHO (La Heredad, 1929).....	95
LAS DOS ORILLAS DEL RÍO GUADIANA (La Heredad, Castilblanco, Badajoz, 1931-1933)	131
PONERLE NOMBRE AL PARAÍSO (La Heredad y Villa de la República, verano 1936 Madrid - Sureste de la provincia de Cáceres - Villa de la República, otoño 1936)	163
RECUERDOS DE LA RABIA Y DEL HASTÍO (Montes de Toledo, La Heredad, Badajoz, Cáceres 1940-1950)	205
ABDICACIÓN (Badajoz, Valle del Duque, La Heredad, 1956-1960).....	263
LA VOZ DE GARY COOPER (La Heredad, 1969).....	293
EL LIBRO DE LA VIDA SEXUAL (La Heredad, verano 1972).....	319
LAS CHICAS QUE SABÍAN HABLAR FRANCÉS (La Heredad, 1977 y 1989).....	357
EPÍLOGO DONDE NADA SE HA PERDIDO (La Heredad, Madrid, Buenos Aires, 1989 - 2015).....	395
NOTA DEL AUTOR.....	407



EL INVENTOR DE ECUACIONES

(La Heredad, 1902-1903)

Memorial de Jacinto Morales, maestro

No siempre vamos a sitios,
a veces acabamos en ellos.

RICHARD FORD



Mi agradecimiento a Eduardo Moreno García, cronista oficial de la Villa de Santa Amalia (Badajoz), por su artículo «*La Junta Local de Instrucción Pública en Santa Amalia a principios del siglo XX*», *Revista de la Educación en Extremadura*, 1989, que ha supuesto la mejor documentación de la que he dispuesto para intentar reflejar en este relato el estado de la educación en la Extremadura rural de los primeros años del pasado siglo.



I

La Heredad, 12 de octubre 1902

Llegué a La Heredad hace dos días, el 10 de octubre. Hoy es domingo y festividad de la Virgen del Pilar. He ido a la misa de las diez para evitar asistir a misa mayor, a las doce. En este pueblo las novedades deben escasear y la llegada del maestro sustituto de don Manuel es posiblemente una noticia de interés, al menos para aquellos a los que las faenas del campo y los trajines para sobrevivir no los tengan ocupados las veinticuatro horas del día. Al salir de la iglesia vuelvo a la fonda donde me hospedo provisionalmente, a solo cincuenta metros de la plaza del pueblo. Doña Venancia, la patrona, me ha alojado en la mejor habitación de la fonda. Por la ventana que da a la calle de La Virgen entra la luz del otoño.

Fue la intensidad de la luz que ahora contemplo lo que más me sorprendió al llegar a La Heredad, la mañana del pasado viernes. Nada más entrar en el pueblo, el reflejo del sol en las paredes enjalbegadas de las primeras casas me obligó a cerrar los ojos durante unos segundos. Los fui abriendo poco a poco, haciéndoles soportar una claridad hasta ese momento desconocida para mí. Por las mañanas, la luminosidad deslumbrante del sol de La Heredad, reflejado en la cal de las paredes, provoca un intenso escozor en mis ojos, humedeciéndolos con lágrimas. Pero al cabo de un instante, una vez aliviados, ¡cómo se disfruta de esta luz extrema, salvaje, poderosa!

Para llegar a descubrir esta luz tuve que pasar el trance de un viaje agotador por lo largos que se hacen los kilómetros, agobiante por la soledad de los parajes que hay que cruzar, y angustioso por la sensación que he tenido de que el camino que dejábamos atrás se iba deshaciendo para impedir mi retorno. Los últimos ciento cincuenta kilómetros, dentro ya de Extremadura, son una interminable sucesión de caminos de herradura flanqueados de retamas, cardos

e hinojos, de carriles polvorientos que cruzan enormes dehesas de encinas, de senderos de sierra por los que apenas cabe el carricoche y de escasísimos tramos de carreteras de macadán. Por último, antes de llegar, recién pasado el pueblo de Castilblanco, hay que cruzar el Guadiana en una barcaza manejada por un hombre viejo que no ha dicho ni una sola palabra, sin preguntar de dónde veníamos ni a dónde íbamos. A lo largo del viaje no nos hemos cruzado con casi nadie, tan solo al amanecer y al anochecer con algún labrador que volvía a su pueblo montado en un pollino. Una vez en La Heredad, he comprendido que el camino recorrido no se ha borrado, como me había parecido durante el viaje, pero que los trayectos que traen hasta aquí, desde cualquier punto del territorio, han sido trazados para que el que llegue a este rincón del mundo no tenga nunca la osadía de salir y se quede para siempre.

Fue, sí, la luminosidad extrema y violenta lo que me llamó la atención cuando enfilé las calles del pueblo, subido a la tartana que me había traído desde Guadalupe, la última parada del viaje. Lo demás, las casas y caserones de la Calle Real, los soportales de la plaza, la fonda de doña Venancia, eran bastante parecidos a como los había ido imaginando desde el momento en que don Gervasio Mercader, director de la Escuela Normal de Salamanca, me comunicó mi destino tras concluir los estudios de Magisterio.

—Morales, lo voy a enviar al fin del mundo. Es allí donde más hay que enseñar.

Debió de percibir don Gervasio más pánico que sorpresa en mi cara porque enseguida aclaró:

—No me mire usted así, Morales. El fin del mundo está solamente a unos trescientos kilómetros de Salamanca.

Seguramente mi expresión seguía siendo la de un pollo asustado.

—Don Jacinto, su destino es la escuela de La Heredad, provincia de Badajoz, en una zona que se llama Los Montes, mucho calor en verano y mucho frío en invierno, tengo entendido. Se necesitan muy buenos profesores para desasnar a aquella gente. Allí hay mucho atraso y el país no se puede permitir que haya todavía zonas tan poco alfabetizadas. No hay nadie mejor que usted para esta tarea. Ha mostrado durante sus estudios tener carácter y vocación.

Lo único que me atreví a decir fue que me extrañaba que un pueblo pequeño y atrasado pudiera necesitar un maestro de la Escuela Normal y que, aunque así fuera, correspondería cubrir la plaza a un maestro de la Escuela Normal de Badajoz y no de la de Salamanca.

—No es un pueblo pequeño, tiene casi cuatro mil habitantes y más de ciento cincuenta niños varones en edad de ir a la escuela, los párvulos aparte. No, no es un pueblo pequeño; lo que pasa es que está en el fin del mundo, aislado, tan lejos de Madrid como de Badajoz, lejos de cualquier núcleo urbano de importancia.

Me señalaba vagamente con su mano un mapa de España que colgaba detrás de su escritorio para que yo mismo ubicase, aproximadamente, el lugar de mi destino.

—Resulta que se jubila el maestro de toda la vida y don Amadeo Cifuentes, diputado provincial y vecino del pueblo, además de buen amigo mío desde que estudió Derecho aquí, en Salamanca, me pide que enviemos un maestro de verdad, con los estudios completos realizados en esta Escuela y con plaza ganada. Dice el bueno de don Amadeo que es en Salamanca donde enseñan los mejores profesores y aprueban solo los alumnos más aplicados. Como diputado y hombre preocupado por su pueblo, quiere mejorar el nivel de instrucción y renovar los métodos de la escuela con un profesor moderno.

Volvió a señalar detrás de él, esta vez un retrato del conde de Romanones, ministro de Instrucción Pública, que junto a otro del recién entronizado Alfonso XIII, presidían el despacho.

—Parece que Romanones está consiguiendo que, después de tanto desastre, los hombres que mandan en cualquier rincón de este país entiendan la importancia de la educación.

—¿Y con un solo maestro para más de ciento cincuenta niños, es de suponer que de edades muy distintas, pretenden mejorar la enseñanza, don Gervasio?

—No se asuste antes de tiempo, Morales. Supongo que escolarizados no estarán más de ochenta, y de estos asistirán con asiduidad a la escuela menos de la mitad. Además, tengo entendido que durante los últimos años el maestro ha tenido un ayudante que le puede servir a usted también, si lo considera adecuado. No obstante, si vemos que usted lo necesita, le enviaremos un maestro auxiliar. Claro que habrá que buscarlo muy bien para encontrarlo, porque hasta allí solo podemos llevar a personas con mucho espíritu, como usted.

Mirando por la ventana del cuarto de la fonda, sin ver más que la luz que todo lo acapara, recuerdo esta conversación como si hubiera sido el momento en que mi vida empezó a ir en su propia dirección, una dirección que yo no había elegido ni imaginado. Hasta ese momento había creído que todo lo importante que me había ocurrido era el resultado de mis propias decisiones. Creía que si me había hecho maestro era porque lo había querido yo, porque yo había decidido irme a Salamanca a estudiar y porque me había rebelado contra la

certeza de ser un labrador humilde en un pueblo perdido de Zamora, como mi padre. Había llegado a creer, también, que habían sido las buenas calificaciones en la escuela, que todos los años recompensaban mi aplicación, las que habían convencido a mi padre para que dedicara todos sus ahorros y todo su trabajo a los estudios de su único hijo. Sin embargo, si mis padres hubieran tenido más familia, no se me hubiera dado la posibilidad de elegir ni de aspirar a otra cosa que a dedicar mi vida a las cuatro tierras de la familia, con sus cuatro cabras. Tampoco había sido mi buen aprovechamiento en la escuela lo que convenció a mi padre para dedicarme todos sus esfuerzos. Había sido su propia dignidad y haber querido para su hijo lo que él no pudo imaginar para sí mismo. Hasta esa conversación en la que don Gervasio Mercader había empleado la palabra destino para decirme que mi lugar, al menos durante los próximos años, estaba en un pueblo del que no había oído hablar, yo estaba convencido de que es uno mismo quien hace su destino. Al llegar a La Heredad, he empezado a entender que uno solo tiene en sus manos una parte mínima de su porvenir.

Me quedo en la habitación el resto de la mañana, mirando la calle de La Virgen por la ventana, sin asomarme a ella para no ser visto por quienes se apuran camino de misa. Los veo subir la cuesta que lleva a la iglesia y los oigo intercambiarse el saludo con el acento hosco de esta tierra. No hay nadie más hospedado en la fonda este domingo y comemos en la cocina, doña Venancia y yo, una olla de la que no sé distinguir todos sus ingredientes: patatas, tocino, algún tropezón de carne de carnero, ajo... Cuando acabo de comer vuelvo al cuarto con la intención de leer las *Cartas a un escéptico en materia de religión*, el libro que don Gervasio Mercader me ha recomendado para ayudarme en mis primeros pasos como maestro.

—Le vendrán bien los consejos del maestro Balmes. No solo trata de religión, trata de las verdades de la vida —me dijo cuando me lo ofreció, supongo que como compensación por haberme enviado al fin del mundo más que como un regalo que pudiera serme útil.

Estoy buscando el libro en mi equipaje, aún a medio deshacer, cuando doña Venancia llama a la puerta:

—Aquí tiene a don Manuel preguntando si le apetece a usted acompañarlo a dar un paseo por el campo.

Me apetezca o no, agradezco a don Manuel el venir a buscarme para aliviar, según sus palabras, el lógico desasosiego que la soledad y la nostalgia producen los primeros días después de haber dejado el territorio del que uno se siente parte. Lo encuentro sentado en una de las dos mecedoras que doña Venancia

tiene en el zaguán. Una de ellas es de uso exclusivo de doña Venancia y la otra está reservada para las visitas de confianza. Don Manuel es un hombre pequeño, extremadamente delgado. Tiene cara de persona buena, con una mirada que, tras sus lentes redondas y doradas, refleja más descreimiento que cansancio. Lleva un traje de paño negro muy usado. Del chaleco le cuelga la leontina del reloj, que debe ser de plata. Apoya su mano derecha en una garrotilla de cerezo. En Salamanca me dijeron que don Manuel tenía ya los setenta años y que se jubilaba, más que por su propia voluntad, porque la Junta Local de Instrucción Pública quería apartarlo de la escuela y sustituirlo por alguien más capacitado y con métodos pedagógicos más modernos.

—Verá usted, don Jacinto, como pasamos la tarde mejor que si se queda usted aquí, rumiando recuerdos. Iremos a dar un paseíto al campo, no muy lejos, que hace muy buena tarde. Hay que aprovechar estos días, que enseguida el frío se nos echa encima.

Bajamos por la calle de La Virgen. Cruzamos la plaza. Durante el trayecto don Manuel me va diciendo quién vive en cada casa y, al ver que me fijo en un inmenso caserón, tras los soportales, con ventanales enrejados, me informa que es la casa de los Venecia, que la llaman la casa de los siete balcones, y que la puerta más pequeña de las tres que tiene el caserón es la entrada de la botica de don Wenceslao.

—¿Quiénes son los Venecia, los ricos del pueblo?

—Son una familia pudiente, pero mucho menos que los Cifuentes y los Calatrava, muchísimo menos. Los Venecia tienen más estudios que tierras y aquí, como en todo el mundo, es más rico quien tiene más fanegas, no quien tiene más letras. Don Wenceslao es boticario, como le digo, y su padre también lo era. Esta casa se la hizo su suegro cuando casó a su hija.

Por un arco grande que hace de puerta principal de la plaza, enfilamos la Calle Real. Otro caserón destaca entre las demás casas de la calle. Nada más divisarlo, don Manuel lo señala con el dedo índice de su mano derecha:

—Esta es la casa de los Calatrava. Debe tener más de doscientos años. Por dentro es como un pueblo entero, de lo grande que es.

—¿A qué se dedican los Calatrava?

—Don José siempre se ha dedicado al campo, como su padre. No quiso estudiar una carrera. Su vida es el campo, su ganado, la caza, los caballos y la tertulia en el casino. En verano, a las seis de la mañana ya está cabalgando camino de la Calatraveña, de la Humbría, de la Helechosa, de... Los Calatrava han tenido siempre muchas tierras. No sé cuántas fincas tienen, muchas, muchísimas y de muchísimas fanegas. Más que los Cifuentes.

—Los Calatrava, los Venecia, los Cifuentes... Parecen nombres de sagas de novelas.
Don Manuel sonrío.

—A veces parecen personajes sacados de una novela. No tardará usted mucho en conocerlos a todos, a don Wenceslao, a don José, a don Amadeo. Sin los Calatrava, sin los Cifuentes y sin los Venecia, desde hace ya muchas generaciones, La Heredad no sería La Heredad, para lo bueno y para lo malo.

Dejamos atrás las últimas casas del pueblo y llegamos a una carretera de tierra estrecha, donde a sus lados se extienden, tras muros bajos de piedra, enormes extensiones de campo, cercas que, supongo, delimitan alguna propiedad dentro de otra propiedad más grande, o algunas fanegas arrendadas.

—Vea, don Jacinto, a su derecha casi todo es de los Cifuentes. A su izquierda, casi todo de los Calatrava.

Bien mediado el camino de vuelta, ya otra vez en la calle Real, parándose y cogiéndome suavemente del brazo, me dice:

—Ya estaba haciendo falta que viniera un maestro como usted a este pueblo, un hombre instruido, educado en una Escuela Normal, como Dios manda. Los de la Junta Local de Instrucción, aunque me escueza un poco, tienen razón. Un sueldo de casi mil pesetas al año es una barbaridad para un maestro tan viejo y tan poco estudiado como yo.

—Me consta —le contesto, procurando ganarme su simpatía— que usted ha hecho más de lo que estaba en su mano durante muchos años.

—Yo soy maestro desde antes de la ley Moyano, fíjese usted. Aprendí de mi padre, no salí nunca a estudiar, me examinó la Junta de las tres erres, que se decía en aquella época, leer, escribir y contar, y desde entonces llevo haciendo lo que puedo y lo que me dejan.

—Ahora, don Manuel, el gobierno procura facilitarnos nuestra labor.

—Es posible, pero a mí me parece que, aunque el año pasado Romanones nos hiciera funcionarios, las cosas no han cambiado mucho. Aunque es cierto que, al menos, estos últimos meses he cobrado puntualmente.

Antes de seguir hablando, vuelve a emprender la marcha.

—Entre que muchos de los niños vienen poco a la escuela, sobre todo cuando hay más faena en el campo, entre don Eliseo, el cura, que quiere que solo se enseñe historia sagrada porque todo lo demás, según él, lo ha inventado el demonio y, además, los trapicheos de la Junta...

—Supongo, don Manuel, que también habrá tenido muchas satisfacciones.

—En casi sesenta años de oficio algunos niños me han llamado la atención por su inteligencia, por su memoria, por su interés por aprender. Han sido solo unos pocos a lo largo de mi vida.

—¿Solo unos pocos en tantos años?

—La mayoría de los niños cuando están en la escuela tienen la cabeza en otro sitio, como si supieran desde muy chicos que ni las letras ni los números les van a servir para segar el trigo o varear la aceituna ni, si usted me apura, para despachar un cuartillo de azúcar en el comercio de Ricardito, ni para cortar dos varas de tela en el de Valentín. ¡Cuántas veces he ido a buscar a un padre a la taberna, y hasta a su mismísima casa, para suplicarle que dejara a su hijo asistir a la escuela! ¿Sabe qué me contestaban, don Jacinto? —hizo una pausa durante la cual me pareció ver una sonrisa triste y muy breve en sus labios—. Que si yo les recogía la aceituna, o si yo les guardaba las ovejas, el chico se podía quedar a dormir en la escuela, si ese era mi gusto y yo le daba de cenar.

Me mira con una expresión que interpreto como una solicitud de comprensión, como pidiendo hacerse perdonar anticipadamente por el bajo nivel de educación que voy a encontrar en sus alumnos.

—En Salamanca no nos enseñan a obligar a los campesinos a que nos traigan a sus niños a la escuela. Pero ¿no hacen nada los de la Junta para intentar que los críos asistan a clase?

—Los de la Junta están puestos ahí, como todo en este pueblo, por don Amadeo o por don José, dependiendo de quién esté en el gobierno.

—Pero su obligación es...

—Ya sé lo que me va a decir usted. Cuando hablan se les llena la boca con la importancia de la escuela pública para el futuro del país. Pero la verdad es que piensan que los niños únicamente deben saber leer, escribir y las cuatro cuentas, que todo lo demás es adorno y les llena la cabeza de pajaritos.

—Don Manuel, yo creo sinceramente que ahora lo de la importancia de la escuela pública ya no es solo un discurso. Romanones y todo el gobierno están convencidos de que el futuro de España está en la educación de nuestros niños.

—Romanones y el gobierno estarán convencidos, pero los de la Junta del pueblo saben que los niños acabarán en el campo, en la herrería o en la carpintería y, si tienen suerte, de dependientes en el comercio de Valentín. La verdad es que no quieren que el progreso llegue hasta aquí, prefieren que se quede en Madrid, o a lo sumo en Badajoz, pero que no llegue aquí, a La Heredad, porque acabaría siendo perjudicial para ellos.

Me cuenta que cuando gobierna el Partido Liberal no se hace nada sin que don Amadeo dé el visto bueno. Es diputado provincial, amigo personal del gobernador civil, y también tiene mano con los prebostes de Madrid. Es él quien maneja los hilos del partido en toda la zona. Don José y él se ponen de acuerdo cuando hay elecciones para que salga lo que deciden en Badajoz y en Madrid

que tiene que salir, ahora los liberales, luego los conservadores, luego otra vez los liberales, y así sucesivamente.

Se me acerca aún más antes de seguir hablando.

—Cuando se habla con don Amadeo parece que es un hombre abierto al progreso y que desea la regeneración de este país. De hecho, ha sido él quien ha solicitado que viniera un maestro bien preparado para sustituirme. Pero, entre usted y yo, es tan conservador como don José.

—Debe ser un hombre muy inteligente para mandar tanto, según me dice usted.

—Más listo que inteligente, diría yo. Y muy bien relacionado en Badajoz y también en Madrid. Se encarga de que los que son de su cuerda se beneficien durante los años de gobierno liberal. Luego le son leales para siempre. Y sobre todo procura que a los Calatrava y a sus protegidos les vaya lo mejor posible. Cuando mandan los conservadores, don José les devuelve el favor. No es que sean grandes amigos, pero los vínculos de clase son más fuertes que la propia amistad y mucho más fuertes que las ideas políticas.

Reinicia la marcha, en silencio durante unos minutos. Luego, sin mirarme, todavía en voz baja, dice:

—Estoy hablando demasiado. Seguramente le estoy aburriendo.

—En absoluto, don Manuel. Me conviene ir conociendo el paño.

—Pues permítame que me atreva a pedirle un favor. Me da apuro empezar a pedirle favores casi antes de conocerlo, pero...

Se saca un pañuelo del bolsillo del traje y se limpia la comisura de los labios. Deja entrever una mueca parecida a una sonrisa y, cambiando ligeramente el tono de voz, continúa:

—Esto tiene que cambiar pronto. Confío en que las mentes claras de este país, que las hay, convengan al nuevo rey para que cambie España y la modernice de una vez. No le queda más remedio a este Borbón. Si no lo hace, España se quitará a los Borbones de encima. Le pido a Dios que este rey no sea un tarambana como todos los Borbones.

Vuelve a hacer otra mueca antes de seguir:

—¿Y sabe usted por dónde hay que empezar a modernizar una nación?... Por la educación del pueblo, don Jacinto. ¡Por la educación del pueblo! Y, seguidamente, una reforma agraria que haga que la tierra produzca lo que el pueblo necesita para comer, no lo que les conviene a sus propietarios. Escuela y despensa, que dice Joaquín Costa.

Casi alcanzamos ya la plaza y empieza a anochecer.

—Don Manuel —le digo tras comprobar que él no tiene intención de seguir hablando y, sobre todo, con el fin de desviar la conversación para no tener que

manifestar mi opinión sobre sus ideas—, me decía usted que me iba a pedir un favor. Estoy a su entera disposición.

—Es cierto, es cierto... , se me ha ido el santo al cielo. Verá, don Jacinto, casi no me atrevo a pedírselo...

—Dígame usted lo que necesite, se lo ruego.

—Pues verá, durante estos últimos años, en los que yo ya me iba sintiendo viejo, me ha echado una mano en la escuela un hombre que se llama Antonio Delgado. Calculo que tiene treinta y cinco años, está soltero y estuvo estudiando el bachillerato en Sevilla, pero no lo terminó. Su familia no es de este pueblo, ni sé por qué llegó aquí hace seis o siete años. En su día me dijo que no acabó sus estudios porque su padre no se los pudo pagar y que se había ganado la vida ejerciendo esporádicamente varios oficios. Lo único que me contó es que se estableció en Barcelona y allí trabajó en una imprenta. Pero es hombre de pocas palabras y no le gusta hablar de sí mismo.

—Usted confía en él, ¿verdad?

No contesta a mi pregunta, como si no la hubiera escuchado, y sigue su relato.

—Cuando vino a La Heredad se ofreció a ayudarme en la escuela y, desde entonces, ha sido para mí un compañero leal y eficaz, aun sin tener los estudios de Magisterio. Ha leído mucho, se interesa por los avances científicos y por las nuevas técnicas y tiene una sensibilidad especial por todas las manifestaciones del arte, desde la pintura hasta la poesía...

—Don Manuel —lo interrumpo—, aunque yo tenía pensado solicitar que enviasen un maestro auxiliar de la Escuela Normal de Salamanca, si usted quiere, no tengo ningún inconveniente en conocer a Antonio Delgado y evaluar si puede desarrollar la función. Por lo que usted me dice no tengo duda alguna de que así será.

—Se lo agradezco, don Jacinto, pero no va a ser tan sencillo. Antonio es un buen hombre, pero no es del agrado de mucha gente en este pueblo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Al poco de llegar me convenció para organizar unas clases nocturnas para adultos. Quería enseñarles a leer y escribir. Algunos se apuntaron, pero la Junta de aquel momento suspendió las clases al poco tiempo, mandados por el alcalde de entonces. Mandaban los conservadores, es decir, la gente de don José. Entre estos y don Eliseo, que decía que aquellas clases eran clases de ateísmo, se las cargaron.

—Las clases nocturnas para adultos son hoy práctica habitual en muchísimas localidades del país.

—En efecto, don Jacinto. Pero en este pueblo saber leer y escribir ha sido un privilegio de unos pocos. Los que no saben los miran como seres a los que no se pueden enfrentar, como si leer y escribir fueran armas demasiado poderosas para ser usadas contra ellos. Armas poderosas sí que son, pero para que el mundo sea mejor, no para conservar el poder.

Se interrumpe durante varios segundos como si necesitara ese tiempo para ordenar sus pensamientos.

—El caso es que no se dieron por satisfechos con la supresión de las clases de adultos. Empezaron a poner pegas a todo lo que hacía Antonio en la escuela.

—¿No querían que estuviera ayudándolo?

—Eso parecía. Se oponían a cualquier iniciativa y, de una forma o de otra, conseguían que no se llevara ninguna a cabo. Sin ir más lejos, hay un chico en la escuela, el hijo de unos pastores de don Amadeo, que tiene un arte para el dibujo que me ha asombrado desde que el niño no levantaba dos palmos del suelo. Se llama Germán Landero. Ahora tiene once añitos. No es de los más espabilados, ni para las letras ni para los números, pero dibuja como los ángeles y tiene gusto para los colores. Si se le enseñara como Dios manda aprendería a pintar y llegaría a ser un buen pintor. Antonio quiso ayudarlo hace dos años. Le compró pinturas, pinceles y hasta un caballete. Llegó a presentarse en casa de don Amadeo con algunos dibujos del crío para pedirle que lo tomara bajo su tutela y le pagara estudios de arte en Madrid o Sevilla.

—¿Y qué contestó don Amadeo?

—No le hizo mucho caso. Don Amadeo, pese a lo que proclama sobre la necesidad de la educación y lo mucho que nombra a Sagasta en el casino no concibe que un hijo de pastores pueda llegar a ser otra cosa que pastor. Piensa que se muere como se nace, con parecido patrimonio y con casi el mismo saber.

Nos acercamos a la posada. Don Manuel me cuenta que pocos días después de su visita a don Amadeo se presentó el padre de Germán Landero en casa de Antonio Delgado, con las pinturas, los pinceles y el caballete y, desde el umbral de la puerta, los tiró al suelo de baldosas de arcilla y cantos rodados mientras gritaba que no volviera a acercarse a su hijo. Dice don Manuel que él no cree que fuera don Amadeo quien hablara con su pastor porque hasta ese día apenas conocía a Antonio y no debía tener nada en su contra. De hecho, don Amadeo no se había opuesto a las clases de adultos. Cree don Manuel que lo más probable es que comentara la visita en el casino y que el alcalde de entonces, Regino Pastrana, que ya se había enfrentado a Antonio y a él por las clases, mandara a su alcahuete, Herminio el Garrapata, a envenenar la cabeza del pobre pastor.

—Así son las cosas en este pueblo, don Jacinto. Hay mucha maldad y hay algunos que disfrutan haciendo daño.

Ya hemos llegado a la fonda. La puerta está entreabierta y se adivina luz en la cocina. Antes de despedirnos, don Manuel me dice con voz apenas audible:

—Para que usted lo sepa todo y así actúe en conciencia cuando decida si lo toma o no de ayudante, mucha gente cree que Antonio... —elige las palabras antes de seguir— no es lo que parece, que oculta su pasado y que llegó a este pueblo huyendo de algo.

Me mira a los ojos buscando mi reacción.

—Hasta se llegó a decir que había participado en algún asunto serio en Barcelona, un atentado o algo así. Don Wenceslao Venecia me avisó de que el chisme circulaba por el pueblo y me aconsejó que tuviera cuidado con Regino y los que le bailan el agua, por lo que pudiera afectarme.

—¿Usted cree que hay algo de verdad en toda esta historia?

—No he querido preguntárselo nunca a Antonio. Si dio con sus huesos en un pueblo que está al otro lado de España será porque tuvo algún motivo para romper con su pasado. Yo juraría que no ha cometido ningún delito. Creo que es un hombre con poco ánimo para ser violento. Durante el tiempo que vivió en Barcelona hubo muchos atentados y él estaba allí, por ejemplo, cuando las bombas del Liceo. Puede que perteneciera a algún grupo y temiera verse envuelto en la represión. Pero eso es mucho imaginar, ¿no le parece?

—En efecto —reconocí.

—Si es o no anarquista, o socialista, o lo que sea, no me importa. Algunas de esas ideas ni siquiera me disgustan.

Sonríó intentando darle a entender que confío en su juicio. Le pregunto si después del episodio del hijo del pastor de don Amadeo se habían producido más enfrentamientos. Me dice que al poco tiempo de esos hechos los liberales volvieron al gobierno y don Amadeo puso a don Clemente de alcalde.

—Este no se mete en el asunto porque don Amadeo no tiene nada en contra de Antonio. Incluso lo llama de vez en cuando para que eche una mano a su administrador con las cuentas. Pero Regino sigue enredando. Y siempre con el malnacido del Garrapata de escudero. Gentuza, don Jacinto, auténtica gentuza. Y no es que don Clemente y los suyos sean mucho mejores. Tampoco se fían de Antonio, de un hombre que no va a misa, no habla de su pasado y al que se le ocurre enseñar a leer a los jornaleros del pueblo. Pero, en fin, así es este pueblo, don Jacinto.

